

**«Tanto amó Dios al mundo
que dio a su Hijo unigénito,
para que no se pierda nadie...»
(Jn 3,16)**

13 de abril de 2017 - JUEVES SANTO

«Hago lo que veo que hace mi Padre. Él trabaja. Yo también».

El discípulo amado inicia su sorprendente relato sobre la Santa Cena adentrándose en la conciencia de Jesús, en el momento que vivía mientras cenaban. Nos cuenta que Jesús sabía que venía de Dios y que volvía a Dios. También sabía que Dios lo había dejado todo en sus manos. Imbuido de esta situación, se despoja y se dispone a servir a sus sirvientes, amigos, lavándoles los pies.

El papa Francisco pide para la humanidad entera «la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos». Está convencido de que esta conciencia básica, que coincide con la de Jesús, permitiría desarrollar nuevas actitudes y nuevas formas de vida (*Laudato si'*, 202).

Entre la llegada y el retorno, Jesús explora a fondo un tiempo de fraternidad, de compartición y de servicio. La radicalidad desnuda de su entrega se apoya en la relación esencial de amor con Dios Padre. En efecto, los creyentes otorgan a Dios Creador el origen de todo.

Los científicos avanzan en el estudio de la evolución y en el examen de las diferentes migraciones africanas que poblaron y repoblaron la Tierra. Por otro lado, las narraciones bíblicas de Adán y Eva, como progenitores de toda la humanidad, y la renovación que supuso el diluvio a través de Noé son

explicaciones míticas que subrayan la unicidad original. Y san Juan añadió esa vigorosa pincelada de unicidad al origen: Jesús. Por él, todo ha venido a la existencia; luz y vida de todos, primogénito, modelo, nuevo Adán, el hijo querido al que debemos escuchar. Así pues, contemplar a Jesús como el origen de nuestra existencia fructifica la vida cristiana. Los sarmientos injertados en la vid dan mucho fruto.

Durante la Santa Cena, Jesús eleva el tono y añade nuevos registros a su invitación de fraternidad universal hasta reclamar que habite en nosotros el mismo amor que el Padre le profesa: «para que el amor con que tú me amaste esté en ellos, y yo también esté en ellos» (Jn 17,26).

En su contemplación del amor divino, san Ignacio constata que el amor consiste en obras más que en palabras, y también en donar de uno mismo más que en ofrecer regalos. Jesús, lavando los pies –veinticuatro, tanto los de Pedro como los de Judas– y donando su cuerpo y su sangre, muestra su amor hasta el extremo. Es curioso que la persona sentenciada y a punto de ser traicionada sea la que sirve, la que consuela, la que promete, la que se entrega hasta el final.

La compartición que el Papa pide para generar una nueva forma de vida la inculca Jesús, añadiendo dos peldaños en la escalera del amor. Si bien ya había propuesto amar a los otros como a uno mismo y amar a los otros como si fuesen Él, hoy nos invita a que nos amemos como él nos ha amado y, aunque parezca increíble, como ya se ha dicho, que nos amemos los unos a los otros como el Padre le ama a él y como él ama al Padre. San Ignacio exclama al inspirarse en este punto: «¡qué manera de ser Padre; qué manera de ser Hijo!».

Impulsar este nuevo mandamiento modificaría nuestra vida familiar, vecinal, laboral, social, política, internacional. ¡Qué tratamiento recibirían los forasteros, los pobres y desvalidos, los niños, los ancianos, los enfermos, los discapacitados...! ¡Cuán infinitos serían el cuidado y la protección que recibirían los más débiles...!

San Juan constata que hemos pasado de amor a vida porque amamos. Por ello somos divinos. En el mismo hecho de amar, sembramos amor; es decir, despertamos en otros su capacidad de amar. Esto es lo que, a lo largo de su vida, Jesús hizo con nosotros, hasta el final.

**«Tanto amó Dios al mundo
que dio a su Hijo unigénito,
para que no se pierda nadie...»
(Jn 3,16)**

14 de abril de 2017 - VIERNES SANTO

«El Padre me enseñará cosas aún más grandes».

Después de curar al paralítico de la piscina de las ovejas, el Evangelio de san Juan recoge la intrigante afirmación de Jesús cuando las autoridades protestan porque trabaja en día festivo. Ahora, al considerar los sucesos pascuales, palpamos una concreción absoluta del aprendizaje de Jesús.

La respuesta de Jesús a la demanda de Felipe refuerza el interés por la contemplación de los hechos pascuales. Felipe quiere que en aquel momento solemne Jesús le muestre al Padre, pero el segundo le responde: «El que me ha visto a mi, ha visto al Padre [...]. ¿No crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí? (Jn 14.9-10).

Es obvio que esto lleva a considerar que Dios Padre lava pies, se da en eucaristía, llora ante la tumba del amigo o busca a la oveja perdida en el barranco; pero surge el deseo imperioso de un conocimiento mayor de Jesús, persiguiendo el rostro de Dios.

La plegaria de dos horas de hoy la dividiremos en dos tiempos y, en cada uno de ellos, consideraremos dos actuaciones de Jesús que nos revelen la manera de ser de Dios y que inspiren nuestra forma de vida.

En el primer tiempo, meditaremos sobre la burla de la coronación de Jesús porque su reino no es en absoluto de este mundo. La realeza de Jesús es dejar en el redil a las 99 ovejas y descender el barranco a buscar a la oveja

perdida. En consecuencia, quedan cuestionadas nuestras formas de ejercer la autoridad sea cual sea el nivel de nuestras relaciones humanas, así como nuestra dedicación a aligerar el dolor del mundo. El papa Francisco denuncia la vergüenza humana que permite los sucesos en el Mediterráneo y pide que las comunidades eclesíásticas sean hospitales de campaña. En Lampedusa, el doctor Bartolo, médico que atiende en un primer momento a los migrantes recién llegados, agradeció el apoyo decidido del Papa a tanta labor humanitaria.

En el segundo tiempo, compartiremos la presencia amorosa al pie de la cruz cuando Jesús le entrega la madre al discípulo amado y, finalmente, confiado, abandona su espíritu a manos del Padre. Esta escena nos invita a adentrarnos en el acompañamiento humano de tantas situaciones extremas que vivimos en este mundo nuestro tan desbaratado. Según el Papa, solo con la capacidad de autotrascenderse seremos capaces de reconocer a las personas en su propio valor y fomentar sanamente el equilibrio ecológico de toda la creación.

Aquella noche, de luna llena y fiesta por doquier en Jerusalén. Multitudes, niños y niñas, cantos, jolgorio, multitud de corderos a cuestras, de camino a ser sacrificados en el Templo para la Cena Pascual. En el calvario han de retirarse tres muertos. Un lanzada. Sangre y agua.

**«Tanto amó Dios al mundo
que dio a su Hijo unigénito,
para que no se pierda nadie...»
(Jn 3,16)**

15 de abril de 2017 - SÁBADO SANTO

Nota sobre el calendario

Aquel año, el día de luna llena, el día 15 del mes de Nisan, el día de Pascua, era sábado, de modo que la muerte de Jesús fue el viernes 14 y la resurrección, el domingo 16 de Nisan, el mes de la primavera. Los primeros cristianos se dividieron a la hora de optar por el día en el que celebrar la Nueva Pascua, ligeramente desmarcada de la Pascua judía: los «cuatordecimales» apostaban por el día 14, el día antes de la luna llena, en contra de quienes proponían celebrarla el primer domingo después de la luna llena. Esta es la fecha que ha prevalecido.

1ª parte: busquemos una imagen

Si hemos seguido de cerca los hechos pascuales, posiblemente el alma nos habrá quedado con el deseo de fijar la imagen de Jesús. Juan de la Cruz, en su *Cántico Espiritual*, parece adivinar el clamor cristiano después del entierro de Jesús:

«¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti, clamando, y eras ido.»

Martín Valmaseda, marianista, narra en vigorosa prosa poética el deseo de tener una imagen de Jesús. El título ya llama nuestra atención: «La imagen equivocada».

En la ficción de una petición a un fabricante de imágenes, describe la que busca: «que sea imagen viva, de un hombre sufriente, que ilumine, que den ganas de bajarlo de la cruz».

El escultor no puede engañar al cliente: «El Cristo que usted busca –le dice– lo encontrará entre la gente sin techo, los marginados, los hambrientos, las mujeres maltratadas, los ancianos y los niños». Acaba aconsejándole: «¡Busque entre los pobres su imagen de carne y hueso!».

El poema dice: «¡Busquemos por doquier su imagen!»

«Nosotros esperábamos» (Lc 24,21)

No hace falta ser muy listos. Los discípulos esperaban el triunfo. Quien más quien menos se peleaba por sentarse al lado del Mesías para gobernar el Reino de David. Liberarse de los ocupantes –quizás el Iscariote o el Zelota–, repetir la multiplicación de los panes o asegurarse la pesca, la victoria sobre la enfermedad y la muerte. Con Jesús, habían degustado todas estas cosas y en cada una de ellas se habrían plantado. Pero Jesús continuaba andando siempre más allá: los sorprendía conduciéndolos hacia contactos bien extraños, leprosos, viudas sin dinero, ciegos, cojos, niños, mujeres acusadas, paralíticos, hasta que él mismo se les difuminó entre los condenados criminales y, finalmente, desapareció de su vista tras la losa sepulcral.

Jesús, ¿nosotros qué esperamos hoy de ti? ¿Qué espero yo? ¿Cómo es mi mundo a la vista de tus opciones del Reino de Dios? ¿Cómo iluminas mi conducta familiar, laboral, social, política? ¿Hasta dónde participo de tu encarnación en el mundo más desfavorecido?

2ª parte: «Quien cree en mí, hará también las obras que yo hago, y aún mayores...» (Jn 14,12)

De nuevo, hallamos un pronóstico de Jesús que deja el alma en suspenso. ¿Cómo es posible superar sus obras? ¿Qué espera que hagamos? ¿Cómo llevarlo a cabo? Ciertamente, nos proporciona los medios: su Espíritu y la ayuda del Padre si pedimos en su nombre.

Recordemos la fábula del águila y el gorrioncillo. Juan de la Cruz parece cederle la voz al pobre pajarillo, atribuyéndole estas palabras:

«Cuanto más alto subía
deslumbróseme la vista
y la más fuerte conquista
en oscuro se hacía;
mas, por ser de amor el lance,
di un ciego y oscuro salto
y fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.»

San Ignacio propone decididamente llevar a cabo la carrera de la vida a caballo con Jesús. La repetición de «conmigo» en la contemplación del Rey Eternal atraviesa todo el camino de los Ejercicios y de la vida.

Diversas imágenes evangélicas subrayan esta realidad: el sarmiento injertado en la vid, el rebaño que sigue al pastor, el yugo compartido, la invitación a comer su pan y su carne, y beber su vino y su sangre. En definitiva, la habitación trinitaria. En realidad, la vida cristiana se mueve de punta a punta inmersa en el mundo de Dios.

«Pero después que yo resucite, iré antes que ustedes a Galilea.» (Mc 14.28)

Debemos repetir el vuelo con Jesús. Debemos volver a Galilea y releer su programa:

«El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha consagrado por la unción.
Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres,
a anunciar la liberación a los cautivos
y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor.» (Lc 4,18-19)

Cada cual debe ser consciente de su propio carisma. Los propios talentos son en provecho de la comunidad. Alguno será muy sensible a la justicia; otro, a la docencia; otro, a la salud; otro, a la ciencia; otro, a la plegaria; otro, al bien común. Nos necesitamos los unos a los otros y, todos juntos, podemos hacer una cordada para llegar a la profundidad del barranco.

La inmigración por las guerras y la pobreza nos sacude y nos ilumina sobre el deficiente mundo que construimos entre todos. Jesús nos conduce hasta

quien tiene hambre, sed o va desnudo. Nos impulsa a visitar al enfermo y al preso. Nos mueve a acoger al forastero. Nos lleva a romper con las ataduras de la esclavitud y la enfermedad.

Los santos son quizás los que nos muestran más claramente el más allá de Jesús, por él, con él y en él. Maximiliano Kolbe, sustituyendo a un condenado a muerte; una Clara, una Teresa...